

“La gran crisis que está a punto de estallar es la del agua. Nuestra capacidad de poder gastar hasta agotar los recursos hídricos es reciente”

“Los trasvases evidencian que no hay planes a largo plazo para gestionar el agua. Son parches y políticas a corto plazo para conseguir votos”

“Tenemos que evitar que se gaste un litro más de agua del que repone el subsuelo, y eso es posible sin renunciar a nuestra calidad de vida”

“Los movimientos ecologistas han ido siempre a la contra, pero también es importante ofrecer propuestas: arriesgar soluciones”

“Todo lo que hoy mueven el petróleo y las nucleares será en el futuro impulsado por el viento y el agua, de donde se extraerá el hidrógeno”

más cara”

vez veo repetirse el mismo esquema: abuso del agua sin ninguna previsión, descenso alarmante de las aguas subterráneas y sobreexplotación de los acuíferos.

¿Y los trasvases?

A menudo son obras hidráulicas faraónicas, como su trasvase del Ebro y otras similares, que no tienen en cuenta que el agua es un recurso limitado y, en general, evidencian que no hay ningún plan a largo plazo para gestionarla. Sólo son parches y políticas a corto plazo para conseguir votos o adhesiones.

¿A qué se refiere?

Insisto en que el coste real de gastar agua es mucho más alto que el precio que pagamos por ella. El agua debería ser más cara. He visto cómo se desperdicia, al tiempo que países enteros del Magreb, África, el subcontinente indio o Oriente Medio se quedan sin reservas. Y el agua es comida. Fijese en Irán: era autosuficiente en grano y ahora es uno de los grandes importadores de cereal del planeta. Para cultivar una tonelada de cereal se necesitan 1.000 toneladas de agua de riego. Así que, de hecho, cuando importan grano están importando ese agua que ya no tienen.

Grano a cambio de petróleo.

En el fondo, grano a cambio de agua. Pero hay muchos países que se están quedando sin esa agua, como China. Cuando pronto se vean obligados a importar grano, o sea agua, se producirá una crisis mundial. Debemos actuar ya: tenemos que conseguir que no se gaste un litro más de agua del que repone el subsuelo, y eso es posible sin renunciar a nuestra calidad de vida. Con un poco de sentido común sería suficiente.

¿Qué es lo que ha aprendido en sus 40 años de lucha ecologista?

Que ha sido mucho más fácil para nosotros ser “anti” que ofrecer una alternativa. Nuestros movimientos ecologistas han sido siempre a la contra, y eso era necesario y urgente, pero también lo era ofrecer propuestas constructivas: arriesgar soluciones.

Por ejemplo.

Tengo una gran fe depositada en la energía eólica.

De momento es testimonial.

Traigo noticias frescas. Hemos conseguido que el kilowatio/hora de energía producida por el viento pase de costar 32 centavos de dólar a menos de cuatro. La tecnología aeronáutica aplicada a esos molinos está revolucionando el sector.

Pero aún no es alternativa.

Lo será antes de lo que piensa y lo veremos nosotros. Vamos a contemplar la revolución del hidrógeno...

Todo lo que hoy mueve el petróleo y las nucleares será en el futuro impulsado por viento y agua.

¿Cómo?

Las centrales se extienden ya por toda América y son muy rentables. Un granjero de Iowa, por ejemplo, obtiene 2.000 dólares al año por alquilar a las eléctricas 1.000 metros cuadrados de tierra para instalar aspas eólicas. Esa minicentral produce energía por valor de 100.000 dólares en sólo un año.

No está mal...

¡Estamos viviendo una fiebre del oro eólica en el campo americano! Cuando llega un meteorólogo de viento a un pueblecito a hacer prospecciones, suben todos los precios. Pasa igual que cuando antaño llegaban los geólogos a pueblecitos de Texas donde aparecía petróleo.

Pero aún falta mucho para que sustituya al petróleo.

No crea que falta tanto. Cuando las centrales de energía eólica se multipliquen...

Aproximadamente, ¿cuánto?

Estimamos que el potencial de producción eólica de sólo tres estados, Texas, Kansas y Dakota del Norte, puede satisfacer la demanda eléctrica de todo Estados Unidos. Y piense que todavía se puede abaratar el kilowatio mucho más. Después llegará el siguiente paso, la economía del hidrógeno.

A saber...

Esa electricidad barata será aplicada a electrolizar el agua, es decir, a dividir las moléculas de agua en oxígeno e hidrógeno. Ese hidrógeno es el mejor combustible posible. No deja ningún residuo, es simple y será barato.

¿Hay motores de hidrógeno?

Ford presentará uno este año que supera en prestaciones a los de gaso-

lina y todas los demás fabricantes están compitiendo por poner en el mercado sus propias versiones cuanto antes.

Pues, ya veremos.

Así tendremos una combinación de la energía ideal, que es la eólica, porque es barata, inacabable y limpia, y el combustible perfecto, el hidrógeno. Ese será el fin de la economía del petróleo y el principio de la “ecoeconomía”, una economía ecológica del hidrógeno. Aire y agua, en fin, serán nuestra energía renovable, inacabable y siempre limpia.

¿Empezando sólo en América?

Al contrario; en Europa, los avances también son espectaculares. Dinamarca obtiene del viento el 15% de la energía que consume y en el land alemán de Scheleswig-Holstein el porcentaje llega al 17%. Además, Dinamarca se ha convertido en la gran potencia tecnológica en energía eólica y eso ya le está dando

rendimientos y creando puestos de trabajo de alta calidad. ¡Y ya verá en el futuro! ¡Ah! Y ustedes tampoco lo están haciendo mal.

¿Nosotros?

Si, la comunidad navarra ha dado un gran ejemplo y ahora mis cifras dicen que obtiene el 22% de su electricidad del viento. España está entre los países pioneros en la nueva energía.

¿Le parece bien la tasa ecológica de las Baleares?

Si. Me parece oportuna, acertada y necesaria. Acabo de estar allí para estudiarla. El turismo también es una explotación del medioambiente que no paga lo que realmente vale la contaminación que causa. Creo que los sistemas impositivos deben ser reformadores ecológicos.

¿Cómo?

Tasando las energías sucias y premiando a las limpias: premiando la producción reciclable y la construcción ecológicamente responsable y penalizando las agresiones al medio. Y la tasa ecológica balear es un buen ejemplo. Y otro ejemplo, pero negativo, es el carbón. La economía del carbón debe extinguirse de una vez por todas.

No le queda mucho.

Debe eliminarse ya, y para eso están los impuestos. Tenemos que conseguir que extraer el carbón sea tan caro por los impuestos que de una vez por todas se cierran esos atentados ecológicos ineficientes que son las minas de carbón.

No sé qué dirán los mineros.

Si son inteligentes, estarán de acuerdo conmigo, y si no lo son, los demás ciudadanos deben hacerles entrar en razón y entre todos paliar el coste social de acabar con esas minas, pero mantenerlas es un costoso error. En el fondo, lo único que haremos es ser sinceros.

¿Sinceros?

Si, haremos que el carbón tenga el precio que realmente cuesta. No el que cuesta extraerlo y venderlo, sino el precio de degradar el aire, el agua y el entorno natural de países enteros.

En su discurso hay demasiados futuros.

Eso es lo que me hubiera dicho hace cinco años si le auguro lo que ha sucedido: las compañías tabaqueras iban a indemnizar al Estado y la sociedad de Estados Unidos con 251.000 millones de dólares, esto es, mil dólares por habitante para reparar los daños causados a la salud pública. ¿Qué me hubiera dicho usted si le digo entonces que esto iba a suceder ahora? ¿Pues ha sucedido! Y ahora recuerde cómo cayó el muro de Berlín. El del petróleo no durará tanto.●



Para el veterano ecologista es una falacia ponerle precio a los recursos naturales, cuando su coste es medioambiental

“Del cultivo del tomate al universo”

Tal vez sea “uno de los más influyentes pensadores del planeta”, según “The Washington Post”, pero lo mejor es que se comporta como si sólo fuera uno de los vecinos del barrio: a los diez minutos de conversación, Lester se considera uno de los suyos (“estamos en el mismo bando, el de la humanidad”) y me pregunta sobre los detalles del trasvase del Ebro. Los buenos entrevistados preguntan tanto como responden y Lester sabe escuchar y toma notas. De hecho, hace 40 años que las toma desde que su afición por conseguir nuevas variedades de tomate en la granja familiar de New Jersey le llevó a estudiar agronomía en Rutgers University. Al acabar, prefirió ver todos los tomates del mundo y se convirtió en analista internacional de Agricultura

del Gobierno Federal. Podía haber iniciado una brillante carrera en el establishment si no hubiera preferido convertirse en el pionero de la ecología estadounidense: en 1974 fundó el World Watch Institute (Instituto de Vigilancia Mundial), que haría célebres sus informes anuales sobre “El estado del mundo” y editó su revista bimensual “World Watch”. Su libro “Cómo salvar el planeta con una economía de crecimiento sostenible” convirtió ese concepto en piedra angular del pensamiento ecológico mundial. “Ecoeconomía” es su última propuesta: oírán hablar de ella. Si sobre el papel su pensamiento es sólido y documentado, en la conversación demuestra que no sólo dice lo que siente, sino que además sabe cómo decirlo